

MEDITACION CCCXXXVI.

LAS TRES MARIAS Y SAN JUAN AL PIÉ DE LA CRUZ.

(Joan. xix, 25-27).

1.º De la santísima Virgen María, madre de Jesús; 2.º de san Juan, el discípulo amado de Jesús; 3.º de María Magdalena, y de la otra María su compañera.

PUNTO I.

De María santísima Virgen y Madre de Jesús.

1.º *Su fe...* «Y estaban cerca de la cruz de Jesús su Madre y la «hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena...» No era por un puro sentimiento de compasión el que María Madre de Jesús se hubiese adelantado tanto, que llegase hasta el pié de la cruz: había ido allí con espíritu de fe, y para cooperar á los divinos misterios que se obraban. Ella sola sobre la tierra conocía el secreto de ellos. Sabía que su Hijo no tenía padre sobre la tierra, que él era el Hijo de Dios hecho hombre. Sabía por las palabras que el Ángel le había dicho en el día de su Anunciación que su Hijo debía salvar el pueblo, y librarlo de sus pecados; que debía reinar, y que su reino sería eterno. Sabía por las palabras que le había dicho Simeon en el día de la purificación que su Hijo debía ser un objeto de contradicción, y que ella misma debía tener el alma traspasada de una espada de dolor. Sabía por las palabras que su Hijo mismo había frecuentemente repetido que él debía ser entregado, ultrajado y crucificado, que debía morir, y al tercero día resucitar. María no perdía alguna de estas palabras, las meditaba, las repasaba en su mente, las confrontaba en su corazón, y veía delante de sus ojos el cumplimiento de todas ellas. El escándalo de la cruz, que ofuscaba, debilitaba y hacía vacilar la fe en los otros, fortificaba la suya. María poseía el depósito entero de la fe. Todo lo que los Apóstoles han predicado después, todo lo que los Mártires han sellado con su sangre, todo lo que los Concilios han explicado y definido, todo lo conocía entonces María. Su fe era pura, entera, perfecta, inconcusa, sin nubes y sin ambigüedades. Ó María, Vos sois bienaventurada, porque Vos habeis creído.

2.º *Su dolor...* Ninguna madre, ninguna pura criatura ha padecido jamás un tan doloroso martirio cuales fueron sus sentimientos cuando vió á su Hijo en el estado en que lo habían puesto sus ver-

dugos; cuando oyó los golpes del martillo que obliga los clavos á traspasar sus piés y sus manos; cuando lo vió elevado en la cruz, suspendido sobre sus llagas; cuando, finalmente, vió á su Hijo en un estado tan digno de compasión, sin recibir otra cosa que insultos, ultrajes, y siendo para todo el pueblo un objeto de maldición y de horror. ¡Oh Madre dolorosa! ¡qué espada traspasa vuestra alma! ¿Qué fe, qué fuerza, qué constancia os sostiene, pues no caeis debajo de un tormento tan inaudito y tan horrible?

3.º *Sus obras...* Aquí María hace las veces de la Iglesia, sacrifica su Hijo á Dios por medio del sacrificio sangriento de la cruz, como la Iglesia lo sacrifica y lo sacrificará hasta la fin de los siglos por medio del sacrificio incruento del altar. Lo sacrifica, y con él se sacrifica á sí misma, participando de sus dolores y de sus oprobios, consintiendo á los decretos de la sabiduría de Dios, que exige este grande sacrificio, y lo sacrifica para reparar la gloria de Dios, para librar al hombre de la esclavitud, y restablecerlo en la justicia y en la inmortalidad. Así como ella participa de los dolores de su Hijo, participa también de sus sentimientos, sentimientos de respeto, de obediencia, de anonadamiento delante de la suprema majestad de Dios, y de la mas ardiente caridad por los hombres. Á esto añada los sentimientos del mas tierno amor y del mas vivo reconocimiento por el Salvador de ellos y suyo. Internémonos en estas reflexiones y en estos sentimientos, principalmente cuando asistamos al santo sacrificio de la misa, que es lo mismo que el sacrificio de la cruz. Llamemos entonces á la mente á María al pié de la cruz, y hagamos de ella nuestro modelo.

PUNTO II.

De san Juan el discípulo amado de Jesús.

Jesús da á san Juan por hijo á María... «Y habiendo visto Jesús «á la Madre y al discípulo amado que estaba allí, dijo á su Madre: «Mujer hé aquí tu hijo...» Si san Juan mostró su amor á Jesús estando cerca de su Madre, y con ella firme al pié de la cruz, Jesús, de su parte, hizo bien ver que amaba á su discípulo, dándolo por hijo á su Madre. Pero comprendamos el misterio que hay en esto. San Juan representa aquí á todos los cristianos, y somos todos nosotros los que Jesucristo da por hijos á su Madre. Y acaso por esto no indica aquí Jesucristo á san Juan con su propio nombre, sino con el de discípulo que Jesús amaba... Ahora, pues, sin perjuicio de

la singular prerogativa de san Juan, nosotros somos todos discípulos de Jesucristo, y discípulos que él ha amado hasta derramar su sangre por nosotros. Jesús, dándonos por hijos á su Madre, nos une á sí mismo en una manera indivisible... No dice ya, hablando de san Juan, hé aquí un segundo hijo que yo te doy, y que hará contigo mis veces, sino simplemente... «*Hé aquí tu hijo...*» Jesús está en nosotros, y nosotros estamos en Jesús: hacemos con Jesús un solo Hijo, un Cristo, un cuerpo, de que él es la cabeza y nosotros los miembros. Con él hacemos un solo Hijo de María, un solo Hijo de Dios; él natural y consustancial, y nosotros adoptivos, y haciendo con él uno solo, para hacer uno solo con Dios. Finalmente, Jesús no da á María el nombre de madre, sino el de mujer; y aquí hay también otro misterio. Porque así como él no se ha llamado á sí mismo con otro nombre que con el de Hijo del hombre, para darnos á entender que él es aquel Hijo prometido al primer hombre que debía quebrantar la cabeza de la serpiente, así no ha llamado jamás á María de otro modo que con el nombre de mujer, para darnos á entender que ella es aquella mujer anunciada desde el principio del mundo, que debía dar el nacimiento á este Hijo. Es, pues, obligación nuestra, como hermanos adoptivos de Jesucristo, y que hacemos con él un mismo Hijo de María, mostrarnos dignos de nuestro origen, de nuestro nuevo nacimiento, de nuestra adopción, con quebrantar la cabeza de la serpiente, con tenerle una enemistad eterna, y con tener en todas las cosas sentimientos siempre opuestos á los suyos.

2.º *Jesús da á María por madre á san Juan...* «Después dijo al discípulo: Hé aquí tu madre...» No se contenta Jesús con decir á su Madre, indicándole con los ojos aquel que le estaba cercano... «*Hé aquí tu hijo...*» añade hablando al discípulo: «*Hé aquí tu madre,*» para que siendo mutua la donación, lo fuesen también los sentimientos de confianza y de amor. ¡Oh qué don tan grande que nos da Jesús por medio de esta solemne y testamentaria disposición! ¡Oh María! ¡oh Reina del cielo! con que lo puedo decir, y tengo valor para decirlo: yo soy vuestro hijo, y Vos sois mi madre.

3.º *San Juan recibe á María por su madre...* «Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo...» Luego que Jesucristo exhaló la última respiración, que lo bajaron de la cruz, y lo pusieron en el sepulcro, san Juan condujo consigo la santa Virgen, y en cualquiera parte que él estuviese después, la santa Virgen habitó siempre con él, como su madre; y él la respetó, la amó, la sirvió y tu-

vo cuidado de ella como su Hijo... Cumplamos nosotros también de este modo las obligaciones de hijo respecto de María por medio de un profundo respeto, un tierno amor, una confianza filial, y una entera conformidad con sus gustos y con sus inclinaciones. Ella es virgen, san Juan era virgen; con que debemos procurar agradarle con la pureza. Estará cerca de nosotros la santísima Virgen si nuestras costumbres son puras, si todo en nosotros es casto, y no respira otra cosa que pureza. Si nosotros nos portamos con ella como hijos dóciles y respetuosos, ella se mostrará nuestra Madre con los efectos; con una sensible protección sobre todo lo que nos toca, con gracias escogidas y abundantes, con un pronto socorro en los peligros y en las tentaciones, y con una asistencia particular en la hora de la muerte.

PUNTO III.

De María Magdalena, y de la otra María su compañera.

1.º *Su unión...* Como vemos aquí unidas estas dos santas mujeres, así también las veremos en adelante inseparables. Ellas habían atendido durante la vida del Salvador á servirlo; ellas atenderán también después de su muerte á hacerle los últimos oficios. Bienaventurada unión que se encamina solo al amor de Jesús y á la práctica de las buenas obras.

2.º *Sus prerogativas...* María Magdalena no había contraído matrimonio; era señora de sí misma y de sus bienes; y desde que Jesucristo la había librado de la vejación de los siete demonios, se había consagrado con todos sus bienes al servicio de su divino Libertador. Su amor para con él, su ánimo y su ardor en servirlo la han distinguido entre todas las santas mujeres que seguían á Jesucristo. Como san Pedro es siempre nombrado el primero entre los Apóstoles, así Magdalena es siempre nombrada la primera entre las santas mujeres, excepto en esta ocasión en que se halla la santísima Madre de Jesús. La otra María era hermana de san José, y por consiguiente cuñada de la santa Virgen. Tenía ella uno de sus hijos entre los Apóstoles, estaba casado con Cleofás, dicho también Alfeo, de quien había tenido dos hijos, Jacobo y José, de los cuales el primero es el apóstol Santiago el Menor.

3.º *Su unión y adhesión á María y á Jesús...* María Magdalena y María de Cleofás se habían estado bastante lejos de la cruz con las otras mujeres galileas que seguían á Jesús. Pero cuando vieron que María Madre de Jesús se acercaba hasta el pie de la cruz la siguie-

ron, ó sea por el amor que la tenían, ó sea por el amor que tenían á Jesús, porque ellas miraban siempre á Jesús como su Maestro y Rey de Israel. Es verdad que el estado en que lo veían las sorprendía, igualmente que á los Apóstoles. No habían sido instruidas jamás de los Apóstoles en orden á su pasión, muerte y resurrección. Pero si el escándalo de la cruz las había sorprendido, no las había abatido. Si había ofuscado su fe, no la había destruido, y había acrecentado su ternura y su amor. En tal estado se contentaba Jesús de estas disposiciones, que debían bien presto perfeccionarse, y ser recompensadas con la gloria de su resurrección, y de sus nuevos beneficios.

Petición y coloquio.

Ó mujeres santas, que os habeis hallado con la santísima Virgen María y con el Discípulo amado de Jesús al pié de la cruz del divino Salvador presentes á sus últimas palabras, á sus últimos suspiros, y que habeis merecido verlo las primeras resucitado, y anunciar su resurrección á los Apóstoles mismos, alcanzad para nosotros alguna centella de vuestro ardiente amor para Jesús y de vuestra fiel adhesión á su divina Madre. Amen.

MEDITACION CCCXXXVII.

DE LAS TINIEBLAS MILAGROSAS ESPARCIDAS SOBRE LA TIERRA, Y DE LAS DOS PALABRAS DE JESÚS, POCO TIEMPO ANTES DE SU MUERTE.

(Luc. xxiii, 44, 45; Matth. xxvii, 45-49; Marc. xv, 33-36; Joan. xix, 28, 29).

1.º Tinieblas milagrosas esparcidas sobre la tierra; 2.º Jesús se lamenta con su Padre, que lo haya abandonado; 3.º Jesús se lamenta que tiene sed.

PUNTO I.

Tinieblas milagrosas esparcidas sobre la tierra.

1.º *Tinieblas milagrosas en su causa...* «Y era cerca de la hora «sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona...» Y se oscureció el sol... Estas tinieblas no fueron ya un eclipse de sol ordinario, pues sucedieron el día de la Pascua, que por mandado de Dios, que había dado toda la ley en orden á Jesucristo, se celebraba en luna llena. Fue, pues, el sol mismo el que fue, no cubierto de algun cuerpo extraño, sino oscurecido, de manera que nada daba de

luz, aun cuando en Jesusalen era mediodía, ó daba solamente una luz pálida y débil, cuanto era suficiente para no confundir los objetos, y para ver lo que se hacía. Los judíos, cuyo espíritu estaba cubierto de tinieblas aun mas espesas, nada comprendieron de un milagro tan sorprendente, y mirándolo como un efecto de las cosas naturales, persistieron en su ceguedad, y dieron cumplimiento á su delito.

2.º *Tinieblas milagrosas en su universalidad...* Estas tinieblas fueron esparcidas al mismo tiempo sobre toda la tierra, sobre todo el globo terrestre... Esto debía suceder así, porque era el sol mismo el que se oscureció. Estas tinieblas fueron sensibles sobre toda la tierra, porque el hemisferio en que estaba el sol estaba privado de la luz de este planeta; y el hemisferio opuesto estuvo privado de la luz de la luna, que dejó de ser iluminada del sol... Sin embargo de haber sido pocas las personas que pusieron atención á esto, se halla registrado este suceso en autores gentiles¹, en los archivos del imperio romano², y en las efemérides de la China³. Este prodigio disponía las naciones á recibir el Evangelio; y el Evangelio, representando á ellas este suceso, les explicaba su misterio, y les hacía comprender que hasta entonces habían vivido en las tinieblas, y que estas se habían disipado por medio de la cruz y por la muerte del Señor del universo.

3.º *Tinieblas milagrosas en su duración...* Estas tinieblas duraron tres horas; precisamente por el tiempo que Jesucristo estuvo vivo en la cruz: desde la hora sexta á la hora nona en que murió, esto es, desde el mediodía hasta las tres horas de la tarde. Un autor gentil y contemporáneo⁴ dice que la oscuridad fue tan grande al mediodía, que se veían las estrellas. Ella fue tal al principio, y acaso hacía el fin; y en esto era mas fácil reconocer el milagro, porque cuando cualquier objeto natural nos esconde el sol, la oscuridad es mayor en la mitad de su duración, creciendo las tinieblas por grados, y disminuyéndose del mismo modo. Aquí, al contrario, hubo todo á un tiempo, una noche profunda que se fué disminuyendo poco á poco, y que se dobló al fin... De esta manera la naturaleza mostró que tomaba parte en los tormentos y sufrimientos de su Autor, ó antes bien, el Autor de la naturaleza quiso hacer mas ilustres las humillaciones de su pasión con un prodigio el mas estupendo que jamás se ha obrado. Habían pedido los judíos al Salva-

¹ Tallo y Flegon citados por Eusebio. — ² Tertuliano. — ³ Cartas edíficantes. — ⁴ Flegon citado de Eusebio.

dor un prodigio en el cielo; hé aquí uno bien superior á cuanto podrían imaginar, y, lo que es mas admirable, hé aquí uno que por sorprendente que sea habia sido anunciado en términos formales, y cuya profecía se habria juzgado siempre por una expresion figurada y metafórica, si este grande suceso no la hubiese realizado.

PUNTO II.

Jesús se lamenta con su Padre que lo ha desamparado. †

1.º *Cuál es el sentido de esta queja...* «Y cerca de la hora nona exclamó Jesús en alta voz, diciendo: Eli, Eli, lamma sabaethani. «Esto es, Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?...» Esta es la cuarta palabra de Jesucristo en la cruz. Por la primera habia pedido á Dios perdon para sus verdugos; por la segunda habia condescendido con la súplica del buen ladron; por la tercera habia confiado su Madre á san Juan, y por la cuarta nos advierte que consideremos cuánto le ha costado el rescatarnos; porque dice san Juan que estas palabras no son tanto una queja, quanto una instruccion. El Salvador no dijo esto para ser librado, sino para darnos á conocer el rigor de la justicia divina, que exigia que no fuese librado, sino que fuese desamparado y abandonado á todo el furor de sus enemigos, á los tormentos, á los ultrajes y á la muerte. Se duele, no de ser privado de socorro, sino de verse obligado á morir, y si se lamenta no es ya porque no haya aceptado la muerte, ó porque no haya consentido en ella, ó porque no conozca la equidad, la caridad y la sabiduría que contiene este orden irrevocable de la justicia de Dios, sino se duele para hacernos comprender cuán riguroso es este orden, cuánto le cuesta, y cuánto nos debe costar á nosotros tambien el cumplirlo. Se duele para enseñarnos que una lierna y respetuosa queja no nos está prohibida, con tal que vaya unida con una perfecta resignacion, y con una entera fidelidad en sostener todas las pruebas en que Dios nos pone. Finalmente se duele para obtenernos la gracia de imitar el ejemplo que nos da de no lamentarnos jamás sino como él. Grita, alza la voz para despertarnos de nuestra soñolencia, é inculcarnos profundamente esta importante leccion, para enseñarnos á temer á Dios, á humillarnos debajo de su poderosa mano, á aceptar con resignacion, y para satisfacer por nuestros pecados todas las penas de la vida y la misma muerte.

2.º *De dónde se han tomado las palabras de esta queja...* Esta que-

ja tan propia para instruirnos servia para acrecentar las humillaciones de Jesucristo, y parecia que confirmaba lo que le echaban en cara, de que en vano habia puesto su confianza en Dios. Si acaso esta queja llegase á hacer alguna impresion siniestra en nuestro espíritu, abramos el libro de los Salmos, y leamos el salmo XXI, y en él veremos, con asombro nuestro, no solo esta queja, sino sus mismas palabras puestas por el Profeta en la boca del Mesias. Veremos que el Mesias declara en él la razon por que es abandonado á la discrecion de sus enemigos, y que son nuestros pecados, de que se ha cargado, los que gritan venganza, y se oponen á que sea librado. Veremos en él que no debe ser oido en el día de su pasion, ni librado de ella sino en la noche del sepulero. En él veremos con sus propios términos las blasfemias que aquí vomitan contra él. Veremos en él sus piés y sus manos horadados, sus huesos dislocados, y sus vestidos divididos. Y lo que es aun mas admirable, veremos en él su resurreccion, la predicacion del Evangelio, el establecimiento de la Iglesia, la union de los fieles á la misma mesa, la conversion de los gentiles, y la perpetuidad de la fe. Ha querido el Salvador con citar sobre la cruz las primeras palabras de este salmo enderezarnos al Profeta para enseñarnos que el desamparo en que se halla habia sido anunciado, y era el literal cumplimiento de la profecía, para enseñarnos que el fruto de este desamparo será la fundacion de la Iglesia, y toda la piedad y santidad que vemos reinar en ella. Esta sola palabra del Salvador, unida á lo restante del salmo que cita, prueba la divinidad de su persona, de sus sufrimientos y de su religion.

3.º *Error ó equivocacion de los judíos en orden á esta queja del Salvador...* «Pero algunos de los circunstantes, habiendo oido esto, «decian: Este llama á Elías...» La venida de Elías ha sido varias veces causa de error para los judíos y tambien para los herejes. Pero el Elías que esperaban los judíos habia ya venido; este era Juan Bautista, y el Elías que esperan los herejes no destruirá el orden de la jerarquía que ha establecido Jesucristo, ni justificará la obstinada resistencia á las decisiones de la Iglesia.

PUNTO III.

Jesús se lamenta que tiene sed. †

1.º *Qué tormento fue este...* «Despues de esto, sabiendo Jesús que «todo se habia cumplido, para que se cumpliese la Escritura, dijo:

«Tengo sed...» El tormento de la sed es uno de los mayores que se puedan sufrir. La sed de Jesús debía ser extrema despues de tantos tormentos, y de haber derramado tanta sangre. Él ha sufrido este tormento para expiar nuestras destemplanzas, para animarnos á soportar los ayunos y á sufrir con él, y finalmente para empeñarnos á aliviar su sed, aliviando la de nuestro prójimo cuando tenga necesidad. ¡Qué monstruoso contraste! Jesús atormentado de la sed en la cruz, y un cristiano que en la mesa se abandona á los excesos de que se horroriza la naturaleza. Fuera de esta sed natural tenia Jesús aun otra, que era la de nuestra salvacion, de nuestra santificacion y de nuestra perfeccion... Alivieemos, pues, su tormento con nuestra fidelidad á su gracia, no lo aumentemos con nuestras infidelidades.

2.º *Por qué motivo se lamenta Jesús de este tormento...* «Tengo sed...» Hé aquí la quinta palabra de Jesús en la cruz. En las primeras cuatro, de que ya hemos hablado, cada uno ve la grandeza, la dignidad, la tranquilidad del que las pronuncia; su caridad en perdonar, su poder en conceder lo que se pide, su bondad en hacer sus últimas disposiciones, su sabiduría en citar los títulos de su justificacion. Pero en esta no hubiéramos nosotros visto otra cosa que tormento y lamento, si el Evangelista no nos hubiese dicho el motivo por que la profirió Jesús. No fue ya por lamentarse de la sed ardiente que lo consumia, ni por procurarse algun alivio, sino para cumplir un paso de la profecía, que sin esta palabra no se habria de algun modo cumplido. Este paso se halla en el salmo LXXVIII¹, «y en mi sed me han dado á beber vinagre...» Era necesario para el cumplimiento de esta profecía que fuese presentado á Jesús en su sed el vinagre, y los judíos no podian saber que tuviese sed, si no lo declaraba él mismo. Representémonos, pues, á Jesús, que desde lo alto de su cruz, Señor de los tiempos y de los acontecimientos, contempla la série de las Escrituras; recorre con su mente todas las profecias que pertenecen á su pasion; ve que todas se han cumplido fuera de una sola; dice una palabra, y la hace cumplir. ¿Hay cosa mas grande y mas divina que esta? ¿No es este un sufrir y un morir de Dios?

3.º *En qué modo es aliviado en este tormento...* «Estaba allí puesto un vaso lleno de vinagre... y corriendo uno, y empapando una esponja en vinagre... y envolviéndola en un hisopo... y puesta al rededor de una caña... la presentaron á su boca, y le daba á beber...

¹ Psalm. LXXVIII, 22.

«los otros decian... Dejad, veamos si viene Elías á librarlo... á bajarlo...» Un ramo de hisopo no habria sido suficiente para llevar la esponja, y por otra parte no habrian podido atar la esponja á la caña sin exprimir una gran parte del licor; conviene, pues, creer como mas verosímil que el soldado ató á la punta de la caña muchos ramos de hisopo, y que metió la esponja llena de vinagre en medio de este mazo, que la sostenia por todos los lados, é impedia que cayese... Es este un golpe de providencia bien particular. El hisopo se habia usado en la primera Pascua, en la primera libertad de los hebreos, y se usaba en todos los sacrificios expiatorios. Si se usa tambien en la verdadera Pascua, en la redencion y libertad general, en la expiacion universal de todos los pecados, es para hacernos ver la relacion de la antigua alianza con la nueva, y que la primera era solamente la figura de la segunda... Pidamos con el Profeta ser bañados y rociados con este hisopo, y lavados en la sangre del Cordero inmaculado, para establecer nuestra alianza... No es maravilla que se haya encontrado allí un vaso de vinagre: el vinagre mezclado con agua era la bebida de los soldados y de los jornaleros; pero lo que sorprende es que el Hijo de Dios haya querido tener sobre la cruz esta sola bebida, para apagar su sed; y lo que es aun mas sorprendente es que esta circunstancia haya sido tan claramente predicha por el Profeta¹: «*Me han dado por comida hiel, y en mi sed me han dado á beber vinagre...*» Toda esta profecía se ha cumplido sobre el Calvario. La primera parte antes de la crucifixion, cuando le dieron al Señor vino mezclado con mirra. El Profeta llama á esta mezcla comida, porque no era destinada para apagar la sed, sino para fortificar los sentidos. La segunda parte viene cumplida ahora en el momento, antes de espirar el Señor... Supuesto esto, ¿qué juicio podemos hacer de nuestras delicadezas y de nuestras sensualidades en el comer y en el beber?

Peticion y coloquio.

Vos quereis, ó Señor, beber y consumir hasta las heces el cáliz de las humillaciones y de los dolores que os ha presentado vuestro Padre. Y yo ¿por qué no me armaré de valor para castigar en mí mis excesos á vista de cuanto os han costado á Vos? Haced, ó Dios mio, que sufriendo con Vos, en satisfaccion de mis inicuas satisfacciones, aprenda á sufrir como Vos, y me haga digno de los efectos

¹ Psalm. LXXVIII, 22.

de vuestra misericordia, satisfaciendo á vuestra justicia por los méritos de vuestra pasión. Amen.

MEDITACION CCCXXXVIII.

DE LAS DOS ÚLTIMAS PALABRAS DE JESUCRISTO, Y DE SU MUERTE.

(Joan. xix, 30; Luc. xxiii, 46; Matth. xxvii, 50; Marc. xv, 37).

1.º Jesús declara que todo está ya cumplido; 2.º Jesús da un gran grito, y encomienda su alma á su Padre; 3.º Jesús da un segundo grito, y espira.

PUNTO I.

Jesús declara que se ha consumado ya todo.

1.º *¿En qué sentido dice el Salvador esta palabra?... «Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: (todo) está cumplido...»* Esto es; todos los oráculos de los Profetas que miraban á mi persona, á mi vida y á mi muerte ya están cumplidos: todos los puntos de la ley, todas sus órdenes, todas las voluntades de mi Padre se han ejecutado, todo el precio del rescate de los hombres está pagado, toda la obra de la redención, de la reconciliación, de la justificación de los hombres está cumplida, todo el furor de los demonios está apagado, todos los tormentos se han acabado: mi sacrificio está aceptado, el holocausto está consumado, cumplida mi victoria; no queda otra cosa que morir, y yo muero... Me alegro, ó Salvador mio, que hayais llegado tan gloriosamente al fin de vuestros inmensos trabajos: aplaudo vuestra victoria. Pero ¿qué agradecimiento os daremos, pues al fin por nosotros habeis vencido, habeis sufrido, habeis obedecido, habeis pagado, os habeis sacrificado, y por nosotros habeis pronunciado esta palabra, *está cumplido*, para que nosotros la comprendamos, para que penetre nuestros corazones, nos conforte contra el rigor de vuestros juicios, nos encienda de amor, y nos sirva de ejemplo?

2.º *¿En qué sentido debe el moribundo decir esta palabra?...* Un cristiano en el artículo de la muerte debe decir con proporción, como el Salvador, *está cumplido... He combatido segun mis fuerzas, he terminado mi carrera, he guardado mi fe, he estado unido á la Iglesia, y muero en su seno; he observado la ley de Dios, he hecho cuanto él me ha mandado, y he evitado cuanto me ha prohibido; he abrazado el estado á que me ha llamado, he cumplido las obligaciones que me ha impuesto, lo he amado sobre todas las cosas, y*

al prójimo como á mí mismo; he sostenido las pruebas que ha querido hacer de mí, y he recibido de su mano la adversidad y la prosperidad, con agradecimiento y resignación. Si lo he ofendido, le he pedido perdón, y he perdonado á los que me han ofendido para que él tambien me perdonase: si me he manchado con culpas, me he lavado en la sangre de mi Salvador y en el sacramento de la Penitencia: si me queda alguna deuda que pagar, mi Salvador ha pagado por mí: uno á los suyos mis dolores, mis trabajos, mis sufrimientos, mi sacrificio al suyo, mi confianza está toda en él: he recibido la última prenda de su amor y el último remedio de mis pecados: no me queda que hacer otra cosa que morir, y con mucho gusto muero con él... ¡Ah! ¡qué cosa no debemos hacer para ponernos en estado de poder pensar así, y de hablar así en la hora de la muerte! Muerte bienaventurada es la que termina una semejante vida, y que se acaba con tales sentimientos.

3.º *¿En qué sentido el pecador moribundo en la impenitencia puede decir esta palabra?* Tambien el pecador puede decir en el artículo de la muerte esta palabra, aplicándola á un objeto diferente... *Está cumplido...* Placeres, honores, riquezas, lujo, grandezas, divertimientos, convites, alegrías, todo se ha pasado, todo se ha acabado. Cuerpo, alma, espíritu, fuerzas, sanidad, parientes, amigos, todo se ha perdido, todo lo he hecho servir al pecado, todo *está cumplido*. No me queda otra cosa que el pecado. ¡Oh y qué insensato que fui! Me he apegado á los bienes pasajeros, y se han pasado; á los placeres caducos, y se han huido; á las grandezas temporales, y el tiempo se acabó, y con él se acabó todo: todo *está cumplido*; no me queda otra cosa que la eternidad; yo muero, y muriendo pierdo todo lo que he buscado, y la muerte me quita cuanto habia amado. Yo muero, y entro en un abismo desconocido, donde no tengo otra guía que mi desesperación, donde no puedo hallar otra cosa que un juicio terrible y un suplicio sin fin... ¡Oh Dios, qué muerte! Pero por otro lado, ¡qué vida! Evitemos esta si no queremos experimentar aquella.

PUNTO II.

Jesús da un grande grito, y encomienda el alma á su Padre.

1.º *Jesús encomienda su alma...* «Y Jesús exclamando en alta voz «dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...» Es una necesidad precisa, tanto para el pecador, cuanto para el justo, enviar un dia su alma á las manos de Dios. El cuerpo viene de la tierra,

será necesario restituirlo á la tierra; el espíritu viene de Dios, será necesario que vuelva á Dios; Dios nos ha dado una alma, ella está ahora en nuestras manos; podemos hacer de ella lo que nos agrade; podemos abandonarla á los sentidos, á los placeres del mundo, al amor de los bienes terrenos; podemos mancharla con pecados, entregarla á los vicios, cegarla en el error, endurecerla en el pecado. Podemos, al contrario, con la gracia ejercitarla en el bien, y tenerla léjos del mal, elevarla hácia el cielo, unirla á Dios, llenarla de su amor, purificarla siempre mas, santificarla, perfeccionarla; pero sea el que se fuese el partido que tomemos, sea el que se fuese el uso que hagamos de nuestra alma, vendrá finalmente el día en que será preciso restituirle á su Criador. ¿Pensamos nosotros bien en esta verdad? ¡Ah! escuchemos á nuestro Salvador que grita desde lo alto de su cruz, y exclama para advertirnos que lo que él hace por nosotros será necesario que nosotros tambien lo hagamos un día.

2.º *Jesús encomienda su alma en las manos de Dios...* En las manos de Dios encomendaremos nosotros tambien la nuestra. Manos poderosas, de que jamás podrá ya ninguno sacarnos. Potencia eterna, que fijará nuestra alma por una eternidad, y le señalará una suerte y una habitacion eterna. Manos justas, que distribuirán á cada uno de nosotros el castigo ó la recompensa, segun las propias operaciones. Manos liberales y magníficas, que recompensarán mucho mas de lo que podemos concebir, y manos terribles, que castigarán tambien mucho mas de lo que podemos imaginar. ¿Hacemos nosotros reflexion que dentro de poco caeremos en estas manos divinas? ¿Y cómo no nos preparamos continuamente?

3.º *Jesús encomienda en las manos de Dios su Padre su alma pura y santa...* Las palabras que dice aquí el Salvador son las que debemos decir tambien nosotros en las cercanías de nuestra muerte, las que debemos decir todas las noches antes de tomar el reposo del sueño, y que debemos repetir en mil ocasiones, y frecuentemente entre día durante la vida; pero diciéndolas pensemos el estado en que está nuestra alma. El Salvador encomienda su alma pura y santa. ¿En qué estado se halla la nuestra para poderla encomendar en las manos del Dios de la pureza y de la santidad?... Ó Jesús, este pensamiento me hace temblar, y me arrojaria en la desesperacion, si no supiese que Vos sois mi Salvador, si no supiese que con encomendar Vos vuestra alma á vuestro Padre le habeis tambien encomendado la mia. Vos habeis dicho esta palabra en alta voz, para darme á entender que en ella estaba yo tambien compren-

dido, y que á vuestro ejemplo le podia yo decir: Padre mio, os encomiendo mi alma, la pongo en vuestras manos con la de mi Salvador vuestro Hijo amado, que la ha rescatado y lavado con su sangre. Con esta viva confianza, y pronunciando este tierno nombre de padre que Vos me habeis mandado usar, esperaré en paz el momento en que os agradará llamarme á Vos... Á Vos me iré, fiado en vuestras misericordias y en vuestros méritos, y sobre la esperanza que me colocaréis con Vos en la gloria que me habeis prometido.

PUNTO III.

Jesús da un segundo grito, y espira.

1.º *Muerte libre y voluntaria...* «Y Jesús, dando de nuevo un gran de grito... é inclinada la cabeza, rindió el espíritu...»

San Mateo y san Marcos hablan solamente del grito que dió Jesús, sin referir qué cosa dijo gritando... Es verosímil que no fue otra cosa este grito que la voz fuerte y sonora con que pronunció aquellas últimas palabras que refiere san Lucas: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...» Sea como fuese, este grito, esta fuerza indica siempre que él no moria por necesidad, sino libremente y por eleccion. Lo que habia padecido en Jerúsalen y sobre el Calvario era naturalmente mas que bastante para quitarle la vida. La tristeza de que fue oprimido en el huerto de las Olivas, y el sudor de sangre que fue su consecuencia, eran por sí capaces de hacerlo morir. Pero no habia tormento, no habia debilidad, no habia desmayo que pudiese hacer morir al Autor de la vida, sin que él hubiese consentido. Podia en un momento recobrar todas sus fuerzas, sanar de todas sus llagas, y librarse de todos sus enemigos. Esto es justamente lo que él nos quiere aquí probar con aquel pronunciar con fuerte y alta voz sus últimas palabras. Si despues de haberlas dicho espira, es porque así lo quiere; si inclina la cabeza, lo hace en señal de sumision á las órdenes de su Padre; si rinde el espíritu, lo rinde por sí mismo, sin poder ser para esto obligado, y permaneciendo siempre señor y dueño de volverlo á tomar en el día que él mismo habia destinado.

2.º *Muerte victoriosa...* Jesús muerto no es Jesús vencido, es vencedor. Por su muerte ha vencido al príncipe de la muerte, y por ella ha quitado á la muerte su aguijon, ha destruido el pecado, ha reparado la ofensa hecha á Dios, ha hecho triunfar su caridad y su obediencia, ha cerrado las puertas del infierno, ha abierto las del

paraíso, y se ha adquirido todo el poder en el cielo y en la tierra, el derecho de juzgar los vivos y los muertos, y de señalar las penas y las recompensas eternas.

3.º *Muerte vivificante*... Jesús ha muerto, ha vencido, ha triunfado; no ya para sí, sino para nosotros. Jesús muriendo ha cumplido la obra de nuestra redención, nos ha regenerado á la vida, y nos ha restablecido en los derechos de la inmortalidad. De la muerte de Jesús traen todos los Sacramentos su virtud, ó sea para darnos la vida de la gracia, ó sea para aumentárnosla. La muerte de Jesús ha mudado la naturaleza de nuestra muerte. Ella era una pura pena debida á nuestra desobediencia; ahora unida á la de Jesucristo viene á ser un sacrificio voluntario, el mas grande y el mas acepto que podemos hacer á Dios... Ella estaba rodeada de tinieblas y de temores que se esparcian por todo lo restante de nuestra vida; ahora viene á ser un dia de consolación, un pasaje de una vida miserable á una vida feliz, de una vida temporal á una vida eterna, y esta esperanza nos sostiene por todo el curso de nuestro vivir, endulza las penas y los trabajos, y nos inflama de santos deseos. Si nos inspira aun algun horror el sepulcro, el pensamiento de que Jesucristo, nuestra vida, bajó á él, y de que salió glorioso, nos conforta. Si la idea que se nos presenta á la mente es de haber de entrar en una senda tenebrosa, y de haber de llegar á un lugar desconocido, consideremos que Jesucristo nuestro Salvador entró en ella, que llegó á él, y que reina en él; que él es nuestra guía, nuestro apoyo, nuestra recompensa. Finalmente, si la muerte tiene sus dolores, si tiene aun sus terrores, la muerte de Jesucristo nos fortifica, nos enseña á inclinar la cabeza con sumisión, y á espirar con amor.

Peticion y coloquio.

Ó muerte de Jesús, Vos sois tambien un gran misterio de fe y de amor. Creo, ó Dios mio, que Vos habeis muerto por mí. ¿Y cómo he podido vivir hasta ahora sin amaros? Todo *está cumplido* de parte vuestra por la exacta fidelidad que habeis practicado en obedecer en todas las cosas y por el exceso de caridad con que habeis tenido sed de nuestra salvación. Todo *está cumplido* en orden al bien que nos habeis querido hacer, en orden á los tormentos á que os habeis querido sujetar. Todo *está cumplido*. El misterio de piedad y de caridad de vuestra parte, y el misterio de iniquidad de parte de vuestros enemigos. Su malicia no podia ir mas adelante que á ha-

ceros morir; vuestra bondad no podia resplandecer mas que muriendo por nosotros. ¿Qué os podré dar yo por un beneficio tan precioso? No permitais, ó Señor, que yo salga de esta vida sin que en ella haya dado pruebas de mi amor por medio de mi fidelidad; sin que Vos hayais *cumplido* sobre mí vuestros designios de misericordia. Haced que por todo el curso de mi vida tenga yo una verdadera sed de vuestra gloria y de mi salvación: haced principalmente que muriendo tenga mas amor que temor; y que, con un corazón de hijo, pueda decir con plena confianza... *Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*... Amen.

MEDITACION CCCXXXIX.

PRODIGIOS QUE OCURRIERON EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

(Luc. xxiii, 47-49; Matth. xxvii, 51-56; Marc. xv, 38-41).

1.º Prodigios en el cielo; 2.º prodigios en el templo; 3.º prodigios en la tierra; 4.º prodigios en los infiernos; 5.º prodigios en los corazones.

PUNTO I.

Prodigios en el cielo.

«Y se oscureció el sol...» Duraron las tinieblas, como hemos dicho, todo el tiempo que el Salvador vivió en la cruz, desde la hora sexta hasta la hora nona; esto es, desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Fue, pues, un nuevo prodigio el doblarse las tinieblas en la muerte de Jesucristo, y el aparecer de nuevo el sol despues de su muerte, no poco á poco, como al salir de una nube ó de un eclipse, sino todo de un golpe, con todo su resplandor, como para anunciar al universo el fin de los tormentos del Criador, y la nueva luz que bien presto debia esparcir sobre todas las naciones el Sol de justicia.

PUNTO II.

Prodigios en el templo.

«Y al mismo tiempo el velo del templo ¹ se rasgó en dos partes «desde lo alto hasta lo bajo...» Este velo estaba hecho de telas pre-

¹ Habia dos velos en el templo; uno entre el Santo de los Santos, y el otro en el Santo mismo. No estamos ciertos cuál de los dos se rasgó; pero cualquiera que fuese es una cosa bien digna de observación que este milagro esté confirmado con el testimonio de los rabinos, los mayores enemigos de Jesu-